ALATRISTE
LA SOMBRA DEL HÉROE

Prólogo

Alatriste miró con fijeza a su interlocutor. Luego se llevó dos dedos de la mano izquierda al mostacho, atusándolo despacio.

ARTURO PÉREZ-REVERTE
Corsarios de Levante

La presencia de un nuevo personaje llamado Diego Alatriste causó un impacto que se dejó notar en el mundo de la crítica. A ésta no le quedó otro camino que ponerse a analizar las razones de un éxito tan inesperado, entre un público heterogéneo, de toda clase y condición, de una recién inaugurada saga que poco o nada tenía que ver con lo escrito hasta entonces por su autor, Arturo Pérez-Reverte, quien, no obstante, ya nos había dejado ver sus señas de identidad, su inconfundible sello, a raíz, sobre todo, de la publicación de obras como *El club Dumas* (1992) y *La piel del tambor* (1995).

En las primeras reseñas sobre la serie, se destacaba, sobre todo, el ferviente deseo de su creador de desempolvar y poner en pie el mundo de la aventura, que, desde hacía décadas, se hallaba desaparecido del catálogo de las prioridades de los novelistas de todos los países. Arturo Pérez-Reverte, amparado siempre en su deseo de escribir lo que a él le gustaría leer, resucita la novela de capa y espada en una época en la que tanto cunde la insustancialidad y la apatía en el mundo de la narrativa, por más que cada semana se descubran, al menos, media docena de «genios» en este género.

El propio autor se sorprendió gratamente de la buena acogida que tuvo la serie al publicarse sus dos o tres primeras entregas. Y llegó a declarar, en alguna de las entrevistas recogidas

en la prensa, que Alatriste era «como un divertimento, como un capricho personal». Sin mayores pretensiones. Pero aún había algo más que Pérez-Reverte confesaría: su deseo de rendir una especie de homenaje «a todos aquellos libros que me formatearon el disco duro como lector cuando tenía diez o doce años». Y, ya de paso, hurgar en nuestra memoria, en la cultura de hace unos pocos siglos, con la intención de saber «quién es mi padre y quién es mi abuelo, y qué estoy haciendo aquí».

Al margen de las consiguientes y abundantes críticas, tanto en España como en el extranjero a raíz de las numerosas traducciones que se han ido llevando a cabo, fueron muchos los estudiosos y especialistas que, ya a primera hora, dedicaron sus esfuerzos a analizar diversos aspectos que se encerraban en las páginas de la saga.

Así, en el año 2000, en *Territorio Reverte*, obra coordinada y editada por José Manuel López de Abiada y Augusta López Bernasocchi, se publicaron, tan tempranamente, junto a otros estudios sobre *La tabla de Flandes, El maestro de esgrima* o *El club Dumas,* aportaciones de carácter científico sobre Alatriste, a cargo de firmas prestigiosas del mundo de la filología y del hispanismo, como Mariela Agostinho-de la Torre, Francisco Báez de Aguilar, Brian J. Dendle, Luis Alberto de Cuenca, Alicia López Guntín, Gonzalo Navajas, Jaime Siles y el propio López de Abiada, responsable del volumen, pionero en muchos sentidos.

La saga se acababa de poner en marcha. Y no faltaba quien siguiese, muy de cerca, sus pasos. Hasta ese año, habían aparecido tres entregas: *El capitán Alatriste* (1996), *Limpieza de sangre* (1997) y *El sol de Breda* (1998). Unos meses después, coincidiendo con la presencia en el mercado de *Territorio Reverte,* saldría a la luz *El oro del rey* (2000). Por lo que se ha podido ver, estábamos al principio. *El caballero del jubón amarillo* (2003) y *Corsarios de Levante* (2006) completan, por el momento, esta serie, sobre la que su autor anuncia tres nuevos títulos para los años venideros: *El puente de los asesinos, La venganza de Alquézar* y *Misión en París*.

Así estaban las cosas, cuando, en noviembre de 2007, auspiciado y alentado por organismos como la Universidad de

Murcia, la Consejería de Cultura de la Comunidad Autónoma y la Fundación Cajamurcia, se llevó a cabo en la ciudad de Murcia un congreso de ámbito internacional en el que una treintena de expertos, procedentes de nueve países (España, Francia, Italia, Suiza, Alemania, Gran Bretaña, Irlanda, Canadá y los Estados Unidos) y de más de una veintena de universidades, analizaron, con el detenimiento necesario, numerosos aspectos —la mayoría de ellos inéditos— de la saga del capitán Alatriste, expuestos y debatidos en ponencias y mesas redondas.

Se daba por hecho que, empezando por el personaje mismo, cuya figura había calado hondamente entre sus cientos de miles de lectores, las entregas publicadas hasta entonces, entre 1996 y 2007 (todas las que hasta hoy conocemos, a la espera de nuevas apariciones), merecían un juicio pormenorizado. La empresa corrió a cargo de profesores y críticos de reconocido prestigio, muchos de los cuales, en las aulas de sus respectivas universidades, habían venido utilizando estas obras de Pérez-Reverte para sus clases de narrativa española contemporánea y para sus cursos de doctorado.

Así pues, los trabajos que aquí se presentan son el fruto de las ponencias de aquel pasado Congreso Internacional *Alatriste: la sombra del héroe,* con casi cuatrocientos alumnos inscritos, en cuyas conclusiones se dejó bien claro que la saga ha contribuido, de una manera decisiva, a creer, en primer lugar, que el glorioso folletín sigue más vivo que nunca, que aún interesa a los lectores del siglo XXI, ansiosos de leer historias originales y bien contadas, y que nuestros pasados Siglos de Oro estaban siendo desaprovechados por nuestros novelistas, entretenidos en otros menesteres. Sin contar con esos otros aspectos que a todos nos resultan evidentes: la complejidad de los personajes (y muy especialmente Diego Alatriste), la solidez de una tupida trama que atrapa y divierte al lector desde la primera página; el valioso y honesto esfuerzo de recreación lingüística, así como la concienzuda investigación previa por parte de un autor que, a pesar de moverse por épocas en las que la información resulta limitada, no deja jamás ningún cabo suelto, y nos hace contemplar, convirtiéndonos en cómplices y testigos, las

luces y las sombras de un pasado, aún no finiquitado del todo, que en nada nos debería resultar ajeno.

Diego Alatriste no es Arturo Pérez-Reverte, como tantas veces ha insistido su creador ante las preguntas de los afanados curiosos. Pero no es menos cierto que existe una apreciable complicidad entre el autor y su personaje. Y que, en ocasiones, cuando don Diego sentencia y después guarda un largo silencio, nos parece estar escuchando la voz inconfundible de quien, en su día, a mediados de los años noventa del pasado siglo, le infundió vida para que fuera eterno.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de